

En Jorge Amós Martínez Ayala y Yaminel Bernal Astorga, *De fiestas, danzas y andares en Morelia*. Morelia (México): H. Ayuntamiento de Morelia.

Mitos y ritos del toro durante El Carnaval en Morelia.

Jorge Amós Martínez Ayala.

Cita:

Jorge Amós Martínez Ayala (2015). *Mitos y ritos del toro durante El Carnaval en Morelia*. En Jorge Amós Martínez Ayala y Yaminel Bernal Astorga *De fiestas, danzas y andares en Morelia*. Morelia (México): H. Ayuntamiento de Morelia.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jorge.amos.martinez.ayala/7>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mitos y ritos del toro durante El Carnaval en Morelia

Jorge Amós Martínez Ayala¹

Yo no la he visto, dijo mi primo, pero todos dicen que se les aparece a los que salen de la secundaria y pasan por el Bosque en la noche. Otros decían que en los campos de fut del Salesiano había una cueva, y que ahí, ella le bailaba con su minifalda a un toro negro, mientras de sus pies salían llamas y flotaba por el aire. Le llamaron “Reynalda” y fue el tema de conversación de chicos y grandes durante varios años en la ciudad de Morelia.

► 17

Unos 60 años atrás, don Francisco de Paula León recopiló en un libro leyendas de la ciudad, la mayoría aprendidas durante su juventud. En su compendio aparece la leyenda de “La cueva del toro”, ubicada en el mismo escenario de la historia de Reynalda: una cueva en la Loma del Zapote. La historia cuenta que en la cueva habita un toro encantado y cuando alguien entra comienza a bramar y escarbar en la tierra, si el intruso no sale le embiste y lo mata.

Ambas historias tienen un tema común a otras narraciones mexicanas (incluso en lenguas indígenas) y latinoamericanas.

¹ Facultad de Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, muatomex@yahoo.com

Lo mismo en el Lago de Pátzcuaro, que en Uruapan, en Puebla, Campeche, Cuba y África ambas historias le dan al toro un carácter mágico casi divino, o demoníaco, según sea el caso. Son tan comunes que el 25 de enero pasado, por azares del destino llegó a mis manos un periódico ABC publicado en Apatzingán, con una columna titulada: El toro encantado del cerro de El Húngaro; en ella el toro encantado aparece en la cueva de “Cabeza de Vaca” y hay que “sacarle tres vueltas” para que caiga “muerto, convertido en una piel de res rellena de monedas de oro”.

También son innumerables las coplas tradicionales mexicanas que se cantan en diferentes variantes del son y que hacen referencia metafórica a los toros, vacas, vaquillas y becerros por describir comportamientos muy humanos.

Tales referencias taurinas en nuestra cultura pueden asociarse a los cultos mediterráneos al toro que los cretenses, los celtas e incluso el mitraísmo persa dejaron con fuerza en España y sus corridas de toros. Sin embargo, es difícil evaluar qué tanto del pensamiento mediterráneo está en esas prácticas culturales (sobre todo porque el catolicismo intentó borrar a las antiguas religiones y sus prácticas) y qué tanto puede provenir de otros lugares, como África, donde el culto al toro forma parte de la religión dominante y no necesitaba ocultarse. Es claro que en América la situación cambió y el africano debió ocultar su pensamiento tradicional y toda actividad relacionada con su religión; no obstante, su cultura, y en especial sus creencias con respecto a lo sobrenatural, se convirtieron en importantes formas de cohesión en medio de las presiones que la esclavitud les imponía.

África suena remota y ajena al “nosotros” que el Estado posrevolucionario construyó, incluso ahora que jurídicamente nos reconocemos como una nación pluriétnica. No obstante, África es una buena fuente de explicaciones cuando nos encontramos con aspectos de la cultura que nos desconciertan y no se explican fácilmente. Las leyendas sobre cuevas con toros encantados podrían reducirse al culto mediterráneo al toro; sin embargo, aunque campesinos y casi analfabetas los conquistadores y colonizadores venidos de Europa eran en su mayoría cristianos y la difusión en América de prácticas de una religión tan antigua parece poco convincente, sobre todo si sabemos que contemporáneos a

los bovinos) llegaron grupos de personas que veneraban al ganado y en especial al toro.

La presencia de la población de origen africano está bien referida para ligarla con los lugares donde existen leyendas de cuevas encantadas con toros, y para ejemplificar voy a hacerlo con Morelia.

Desde 1595 hasta 1640 las coronas de España y Portugal estuvieron unidas, los negreros portugueses aprovecharon la ocasión para traer como esclavos a miles de personas del Congo y Angola a las posesiones españolas en América sin la honerosa y difícil triangulación con Sevilla.

Los esclavos de lengua bantú se incorporaron como fuerza de trabajo en varias ramas de la economía colonial, una de las más importantes y estratégicas fue la ganadería. Los pueblos de las estepas al sur de África se dedican al pastoreo de enormes rebaños de ganado; por tanto, ellos eran los esclavos africanos quienes fueron dedicados por la corona, y los particulares, al cuidado de los hatos, con tal fin se les dio permiso para montar a caballo, portar lanzas y cuchillos, siempre y cuando estuvieran vaqueando. En cambio, el indígena desconocía el manejo de los bovinos y se le prohibió montar para evitar que se insurreccionaran, aunque a decir verdad estas restricciones no siempre se cumplieron.

En el campo novohispano, y sobre todo al sur del río Santiago, se encontraban grandes rebaños que surtían de carne seca, pieles, sebo y cueros a las minas de Guanajuato y Zacatecas. Hatos que eran vigilados por grupos de vaqueros esclavos, primero africanos, luego criollos y finalmente mulatos. Las habilidades desarrolladas por la población afrodescendiente para el manejo de las vacas fue tal, que, el imaginario novohispano se representaba al diablo como un mulato vaquero; existen varios casos inquisitoriales en los que participan los vaqueros mulatos como pactarios, es decir, que habían establecido un pacto con el señor de las tinieblas a cambio de ciertos bienes ¿qué pedían estos hombres considerados “infames de nacimiento” por su origen africano? ¿Riquezas, poder? No fue así; pedían habilidades para ser buenos vaqueros, diestros en la jineteada y en otras labores propias de sus ocupaciones como descendientes de africanos. Es curioso que el diablo aparezca descrito, en estas narraciones, también como un “negro” o un “mulato” en traje de vaquero y que la prueba casi siempre sea montar a un toro negro. Si el dios de los amos es rubio, de ojos azules y barbón su contraparte en

negro, de nariz chata y pelo rizado, y se convertirá en el refugio de los esclavos, en alguien que sí escucha.

Valladolid no escapó a la llegada de los vaqueros africanos. En el primer censo que incluye a toda la población de la ciudad, realizado por el obispo fray Baltasar de Covarrubias en 1619, aparecen 256 españoles, 340 indios viviendo en los barrios de la ciudad y unas 250 personas de “servicio”, la mayoría afrodescendientes. El 7% del total de la población de la ciudad era esclava, y de éstos el 78.5% procedía de Angola, Congo y Mozambique, es decir, hablaban una lengua bantú y habían nacido en las estepas ganaderas del sur de África. Aunque muchas de estas personas trabajaban como mayordomos, caleseros, sirvientes, mozos de estribo, damas de compañía, cocineras y en otras actividades urbanas ajenas al ganado, la mayoría residía en los ranchos y haciendas vecinas que rodeaban a Valladolid. A principios del siglo XIX, el varón de Humboldt aseguró que el 36% de la población de la ciudad estaba compuesta con indios, el 38% con españoles y el 26% con mulatos y demás castas. Es muy probable que la mayoría de los oscuros continuara en los arrabales de la ciudad, en los ranchos y haciendas, en donde permanecieron hasta que llegó la revolución de Independencia y como un remolino los arrancó para ir a pelear con Morelos por aquello de: “que no distinga al hombre sino el vicio y la virtud”; ya estaba bueno de ser el prietito en el arroz ¿Cuántos regresaron y que morena continuó Morelia? Son incógnitas casi insolubles; sin embargo, genes y cultura quedan para probarlo.

De toda la ciudad nos interesa centrarnos en el noreste, donde está la hacienda de Atapaneo, a quien pertenecía la Loma del Zapote y donde ubica el *magíster* León la cueva del toro. En 1636 hubo una inspección de obrajes en Valladolid, y el de Atapaneo contaba con 30 esclavos, de los cuales, 10 eran de Angola. No sabemos cuántos vaqueros tenía entonces la hacienda; sin embargo, debieron ser una buena cantidad, pues sólo el obraje tenía más de 40 trabajadores. Unos cien años después, en 1766, aparece un nuevo censo de la hacienda de Atapaneo, tenía entonces a 96 personas, el 76% era clasificada como mulata, 13% como españolas y 11% no especificaban su casta. Mientras dos familias de españoles se ocupaban del molino de trigo, 18 familias de mulatos eran vaqueros, arrieros y labradores, incluidos el caporal y el mayordomo. Estas personas

vallisoletanos, quienes la resignificaron y adecuaron al entorno colonial primero, y Moreliano después.

Este toro legendario de Morelia puede vincularse con los toros míticos africanos, aquellos que son el “animal” del dios, su imagen en la tierra cuando son perfectos. Aquellos que comparten su “sombra” con el jefe de la tribu y que cuando escasean las lluvias son paseados en procesión por las calles del pueblo, acompañados con cantos, sacrificados y consumidos en comunión por todos los habitantes de la aldea, quienes escudriñan el cielo en busca de las negras nubes como el lomo del toro recién sacrificado, aguzan el oído para ver si escuchan su bramido cuando ha llegado al cielo a llevarles sus súplicas a los dioses y el golpeteo que hacen sus patas cuando se acerca la tormenta ansiada. El agua es importante para el equilibrio en la sabana africana, para la siembra; pero también para que haya pasto que los rebaños puedan comer.

El mito del toro evidenciado en las narraciones tradicionales permanece ligado con otras prácticas que se complementan y con las cuales forma una red de significados, un sistema semiótico que explica al mundo de manera coherente; pero al que le hace falta una llave para ser entendido, la filosofía tradicional bantú.

► 21

El pensamiento de los pueblos de habla bantú está centrado en la noción de fuerza, todo ser existe gracias a ella y sin ella desaparece; no se trata de algo aislado, pues todo ser vivo y no-vivo, animado o no, está imbricado en un campo de fuerzas complejo y casi infinito. La fuerza de los seres vivos reside en la sangre, por esta razón los rituales toman a veces apariencias extrañas para el neófito.

Cuando algún hecho causa un desequilibrio en el campo de fuerzas la existencia de todos aquellos seres que se encuentran próximos está en peligro y es necesario reestablecer el equilibrio, generalmente por una ofrenda o un sacrificio. Un sacrificio puede ser derramar bebida y comida en el suelo; pero puede también incluir darle muerte a un ser vivo desde una gallina a un ser humano, en cualquier caso la víctima será llamada “toro”.

La “sombra” o espíritu de un hombre le da individualidad, se ha creado con tres partes: una procedente de un ancestro, otra de la divinidad y una tercera es la que el individuo ha labrado con sus acciones durante su existencia. La fuerza de la sombra depende de la edad, el linaje y el

fuerzas la posee aquel que tiene por ancestros a todos los miembros de su pueblo: el jefe; la menor la tienen los recién nacidos, quienes todavía no han forjado su propia sombra. La residencia de la “sombra” es la cabeza, de ahí la importancia que tiene ésta sobre cualquier otra parte del cuerpo.

Además de sombra, el hombre tiene una parte asociada con la naturaleza a la que se llama “animal”; se trata de un ancestro mítico que formó el linaje del cual descienden los hombres. El animal de un hombre es recipiente de parte del espíritu, y por ello, forman una pareja espiritual indisoluble, en caso de que uno muera sin hacer los ritos necesarios para que el espíritu que comparten pase a un nuevo compañero, ambos mueren. El animal de muchos pueblos del sur de África es el toro, cada miembro de una familia posee un bovino al que no se le maltrata ni se le sacrifica porque está unido con una persona; en el caso del toro del jefe de la tribu, éste es sagrado, puesto que el gobernante se encuentra emparentado con todos.

En Morelia existe una representación que está profundamente vinculada a la leyenda del toro y al pensamiento tradicional bantú: se trata de los toros de petate. Cada sábado de carnaval aparecen por la ciudad unos armazones que representan a un toro profusamente adornados, los portan individuos que van bailando con la música de una banda mientras recorren la ciudad. Los personajes y la anécdota central de la representación coinciden con festejos que se dan a lo largo del continente, desde el norte de Argentina hasta Santa Fe de Nuevo México; sin embargo, existen muchas coincidencias con una representación que se hace en el nordeste de Brasil, donde se llama: *Bumba meu boi*. Para los brasileños y su conocida herencia africana no hay inconvenientes en reconocer el origen africano y en particular angoleño de tal danza; sin embargo para nosotros no es tan fácil, por ello voy a “leer” las acciones que desempeñan actores y mojíjanga usando como referente al pensamiento bantú.

a).- El toro es inmortal: durante el recorrido, cada vez que se representa frente a la casa de un “compadre” que solicitó se le “bailara el torito”, la danza termina con la muerte del toro mediante el acto simbólico de colocarle el machete en el testuz. Después de lo cual se levanta (pues se inclina para indicar que ha muerto) y comienza de nuevo a bailar. Al finalizar el martes de Carnaval se desmembraba y se repartía, para luego servir el “menudo”, una comida a todos los participantes; pero

Después de la Gloria y El Domingo la representación vuelve a aparecer.

b).- El toro consumido en una teofagia: al finalizar la representación se reparten pedazos del toro acompañándolos de versos; pero en algunos lugares, como La Estación Queréndaro, muy cercana a la Hacienda de Atapaneco, se le colocan panes pegados al armazón de carrizo, los cuales se reparten entre los asistentes. En el pasado el martes de Carnaval, la mulita traía cilantro, cebollas y zanahorias colgando de su armazón, porque ese día era el “menudo” y se invitaba a los asistentes a comer panza de res. Se da entonces una comunión, pues la comunidad como la carne del animal que representa a dios.

c).- El toro “existe”: para los participantes el armazón de carrizos que representa al toro no es una mojiganga, “es como si fuera un animal vivo”, con su registro ante la autoridad local.

d).- Tanto en las narraciones como en la representación el toro aparece ligado al agua. El último día se reparte el “agua que bebe el toro” o el “agua del toro”, que consiste en aguas de sabores para los niños, pulque, cerveza o ponche con alcohol para los mayores. Se trata de una libación ritual que tiene carácter propiciatorio.

e).- El cráneo, o los cuernos que se colocan sobre una cabeza tallada en madera y que representan al toro son el toro, hay que recordar que es en la cabeza donde reside la sombra; por ello en cierta leyenda africana el toro es revive cuando *Sanune* (una mujer que lo desposa) junta la sangre en un recipiente donde se sumerge el cráneo y dice un conjuro.

Debo terminar diciendo que el médico homeópata vio en la leyenda de “La cueva del toro” un disfraz para ocultar las actividades ilegales de los falsificadores de moneda. Un cuentista local vio en “Reynalda” el producto del ocio. Yo veo en ellas una tradición viva y útil que nos explica el mundo, no de la manera solemne y rígida del cristianismo, sino mediante el sangungueo africano con el que seguimos, sin saberlo, al “animal” (al totem), al ancestro que nos representa como grupo, como comunidad.

Reynalda, la de la minifalda, nos dejó una cumbia compuesta por un grupo musical y desapareció; pero el toro que resopla en la cueva cuando el viento de lluvia arrastra negras nubes cargadas de agua, ese es inmortal.



Este documento PDF ha sido editado con **Iccream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.